

apretándole la enfermedad, este insigne varon, por morir entre los suyos, salió de entre sus parientes; y dejando en muerte como en vida su patria y deudos, se fué á morir al colegio de Huete, que está muy cerca, donde estuvo algunos días en la cama, dando ejemplos de paciencia, humildad y conformidad con la voluntad divina y demas virtudes; y, finalmente, recibidos todos los Sacramentos, tuvo una muerte como su vida, y una y otra como de varon perfecto.

Murió á los 16 de agosto de 1622 años. La vida de este fervoroso Padre está escrita en la *Historia de Huete*.

P. NIEREMBERG.

## AGUSTIN SANCRI,

### DONADO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

**H**A santificado el Señor todos los estados y grados de personas que hay en la Compañía de Jesus, con varones de insigne virtud y excelentes en santidad, que en ella han florecido y consagrado á Dios su vida.

Ni este privilegio ha faltado al estado de los Donados, como veremos ahora en la heróica virtud y santidad de Agustin Sancri, el cual era japon. Nació en el reino de Figuen, en un pueblo que se llama Safai, y desde mozo se dedicó á la Compañía, para ser Donado de ella todos los dias de su vida.

Su asistencia, la mayor parte de ella, fué en la residencia de Arima, en compañía del P. Melchor de Morera, de buena memoria, aunque tambien acompañó algun tiempo al P. Francisco Calderon, que fué desterrado del Japon por la fe.

La ocupacion principal de Agustin en el Japon fué de sacristan, en que se ejerció cuarenta años, con tanta solicitud, que puede ser ejemplo de los que hacen este oficio tan digno de aseo y limpieza.

Esmerábase en doblar y guardar los sagrados ornamentos de manera, que parece que en su poder no se envejecian segun estaban de lustrosos, á cabo de muchos años. Tambien se esmeraba en hacer las hostias, sin querer que pasasen por otra mano, sino por la suya, y hacíalas con grande devocion y reverencia; y, para tener el altar con tiempo preparado, se levantaba una hora ántes de la comunidad.

Fuera de este oficio principal suyo, que le dió sobrenombre, aunque antepuesto, como usan los japones, que le llamaban Sancri Agustin, que es decir Agustin sacristan; acudia á la residencia de los pueblos anejos á catequizar los gentiles que se habian de bautizar, y á enseñar la doctrina á los ya bautizados, con las demas obligaciones que les corrian de cristianos, en que pasó muy grandes trabajos, caminando de dia y de noche, con frio y calor, soles, lluvias y recios temporales, al tiempo que gozó de paz la cristiandad del Japon, hasta el año de mil y seiscientos y catorce.

En la persecucion del Jongun, llamado Daifusama, vino con los demas Padres y Hermanos á la provincia de Filipinas, desterrado por la fe, donde tambien tuvo oficio de sacristan, y despues fué portero de la puerta reglar en el colegio de Manila, hasta que ya no pudo más usarle por la ocasion que luego diré.

El demas tiempo de su vida, que fueron doce años, estuvo ciego en una como chozuela, junto á la casa de unas beatas, que tambien vinieron desterradas por la fe aquel mismo año, que está cerca de esta casa del pueblo de S. Miguel: aquí se ocupaba en sólo rezar y darse á nuestro Señor, dándole la Compañía lo necesario para sustentar la vida.

Fué continua su oracion, y sólo la interrumpia con el sueño muy moderado que tomaba, y la comida, que de ordinario era unas yerbas ó un pescadillo y arroz cocido con sola agua.

Su sufrimiento y paciencia fué tan grande como se puede colegir de la ocasion con que cegó y la paz con que la llevó, y fué ésta. Una noche de Navidad, teniendo él las llaves de la puerta reglar del colegio de Manila, unos muchachos, con el regocijo de aquella noche, tocaban apriesa la campanilla, estándose fuera jugando con unos palos que tenian en las manos; y abriendo el siervo de Dios la puerta, entraron de tropel, y con un palo le dieron en un ojo y le dejaron mal lastimado y ciego, porque del otro no veia.

Con este dolor se retiró Agustin á su aposentillo que tenia cerca de la puerta, sin quejarse de lo que le habia sucedido, ni airarse con el que habia sido la causa de aquel daño, ántes con mucha paciencia se estuvo allí retirado, hasta que echada de ver la falta que hacia en la portería, entraron á verle, y se excusó diciendo que estaba indispuerto, sin querer decir más, hasta que otros dijeron lo que habia sucedido, y cómo con el palo le habian herido y cegado el ojo.

El que en esta ocasion guardó tanta paz, no es mucho que en otra menor la guardase de tal suerte, que nunca le vió nadie airado, ni con rostro demudado, que es mucho para la viveza y cólera de esta nacion.

Quiso nuestro Señor darle á merecer con la paciencia lo que ántes habia

merecido con la continencia y recato de los mismos ojos, en los cuales guardó una singular modestia: traíalos siempre bajos, con tanto cuidado de no alzarlos, que parecía estaba ciego, principalmente cuando salía á la iglesia á dar recaudos á mujeres, ó por mejor decir á recibirlos, ó cuando pasaba por donde podía verlas.

En esta materia le sucedió una cosa bien semejante á la de los monjes antiguos, más admirable á las personas que tratan con prójimos, y más en el oficio de sacristan y de llevar los recaudos de los que esperaban en la iglesia que él tenía. Porque una vez alzó los ojos en la iglesia, cuando habia de toda gente en ella, quedó tan compungido, y con tan firme propósito de no levantar los ojos, que hizo luego voto de no mirar á mujer ninguna en veinte años: y añadió, ni tampoco hablarla palabra alguna: lo cual guardó los veinte años siguientes con notable recato, y no sin grande peligro de no poder cumplir lo que habia votado; porque salía á la iglesia á ver lo que pedían las mujeres que tocaban la campanilla, y recibía sus recaudos con sus ojos bajos, pero nunca miraba ni volvía con respuesta, remitiéndose siempre al Padre que llamaban.

Con esto le estimaban todos tanto, que le llamaban el santo, y, cuando estaba en Nangasaqui, venían los cristianos y los mismos gentiles á verle, como en romería, siendo el tercero á quien venían á visitar por persona digna de reverencia, y, como ellos decían, santa. Porque el primero á quien venían á ver era el Obispo, por su dignidad é insignias de ella, de que se admiraban mucho los japones, y veneraban como á cabeza de los cristianos en aquel reino. El segundo el P. Francisco Calderon, á quien venían á ver de los reinos distantes, atraídos de su santidad y afabilidad. Y el tercero era nuestro Sancrí Agustín.

Estando en Arima la mujer del Tono, que era cristiana, y como la reina de todo aquel reino, movida de lo que oía de Agustín, deseó mucho hablarle y así pidió se le llamasen estando en nuestra iglesia; pero nunca se pudo recabar de Agustín que la mirase ni hablase, porque antes moriría que quebrantar su voto; y no sólo con las personas seglares, aunque tan graves, le guardaba, sino también con las que eran como religiosas por estar dedicadas á nuestro Señor, como lo testificó una de las señoras beatas que vivió en el recogimiento de S. Miguel, la cual decía, que en tiempo de la paz de Japon, se llegó á Agustín á preguntarle en la iglesia cierta cosa, y que no le respondió; después supo que habia sido la causa el voto que tenia hecho.

Después de cumplidos y pasados los veinte años, ya hablaba algo, pero siempre con grande recato.

De esta guarda de los ojos nacía la limpieza de su corazón, porque no ha-

bia en él cosa que le pudiese manchar; siendo así, que ni aún noticia admitía de las cosas de esta vida, cuánto más el deseo de ellas.

Y su aseo y limpieza exterior era indicio de la de su alma; cosa con que edificaba mucho, y con que daba suave fragancia de virtud y buen olor de Cristo; aún cuando estaba más viejo y ciego, estaba su aposentico aseado y limpio, sin rastro de saliva ni otra cosa que causase mal olor, y sus vestidos sin mancha, polvo ni lodo alguno; y cuando venía á la iglesia, traía un vasito envuelto en un paño limpio en que escupía, sin que se sintiese ni supiese lo que allí traía.

Cuando estaba ya para espirar, encomendó que le amortajasen con limpieza, y que, cuando le sacasen á enterrar, dejasen el aposento limpio.

Fué humilde de corazón, no teniéndose por digno de bien alguno que se le hiciese: la limosna con que la Compañía le sustentaba, la engrandecía y agradecía sobre manera, y esto obligaba á acudirle con mayor cuidado y amor, de manera, que no sólo del colegio tenía la comida por junto, sino que de ordinario se le enviaba hecha de la casa de S. Miguel, aunque, como su abstinencia era tanta, muy poco era menester para sustentarle.

Su devoción era como de hombre santo, y que siempre estaba con Dios. Cuando estaba solo en su casita, cantaba el *Magnificat*, ó algún otro salmo; y una fiesta de nuestra Señora, estando en la iglesia, llevado del ímpetu de su espíritu, prorrumpió cantando el *Magnificat* con tanta devoción, que parecía estaba entre los ángeles, y causó notable devoción á los que le oyeron.

Otro día, estando en la misma iglesia de S. Miguel en compañía de los Padres de aquella casa y de otros que por la devoción que le tenían le habían venido á ver del colegio de Manila, casi del todo suspenso en Dios, con hilos de lágrimas en los ojos, contando las misericordias que del Señor habia recibido, dijo: *Bendito sea mi Dios, que há cincuenta y un años que le sirvo.*

Los regalos que el Señor le comunicó, aún en esta vida, fueron tan grandes, que decía él que no era posible declararlos.

Una vez con uno que nuestro Señor le hizo, dándole á sentir los gozos de la gloria, estuvo ocho días sin comer bocado, ni beber cosa alguna; y después dijo que el Señor le habia sustentado con sabores del cielo.

Estando en aquel su entresuelo, que era como una pequeña choza, apartado del comercio de la gente, le vinieron á visitar muchos siervos de Dios ya difuntos, y casi todos fueron de la Compañía y de la provincia del Japon, aunque también se le apareció otro Hermano de las Filipinas y un Donado.

Estas visitas las tuvo varias veces, y siempre daba de ellas parte á su confesor y á algunos Padres de mucho espíritu y letras. Los que contó haberle aparecido fueron los siguientes: El P. Alexandro Valignano, P. Francisco

Pasio, P. Francisco Calderon, P. Pedro Gomez, P. Antonio de Monserrate, P. Gaspar Coello, P. Morera, P. Ambrosio Portugués, P. Melchor de Mora, P. Alvaro Diaz, P. Antonio Alvarez, P. Gregorio de Céspedes, P. Baltasar Lopez, P. Francisco Laguna, P. Juan Nicolás, P. Juan de Milan, H. Sebastian Bertarelo, procurador que fué en las Filipinas, y recibió con gran caridad los de la Compañía que vinieron á ella desterrados del Japon, P. Márcos Ferrer, H. Diego Pereira, H. Juan Bernal, H. Roman, japon, H. Roque, japon. H. Francisco de Uria, H. Agustin Tebes, el P. Luis Frois, Manuel Rodriguez y un Tono pequeño, ó señor de vasallos del Japon, llamado Tocuen.

Todos estos Padres y Hermanos, aunque en general le consolaban mucho con su vista, que sin tenerla él los veía y conocía, con el modo que Nuestro Señor sabe, á quien nada es imposible, algunos de ellos le mostraron algunas cosas particulares, ó le dijeron algo particular en sus visitas. El P. Pedro Gomez se sentó con él, y le mostró unas imágenes que se habian pintado. El P. Luis Frois se apareció con los ojos puestos en el cielo, y le dijo: *Haga lo que yo hago, y alabe á Dios.*

Al P. Antonio de Monserrate habia Agustin querido mucho cuando vivia, y á la medida de este amor fué la alegría que recibió con su visita: dióle el Padre tres abrazos, con que le dejó tan lleno de gozo, que no cabia en sí, y todo era dar gracias al Señor por este beneficio, y para darlas con más reverencia tomó su bordon, y se vino á la iglesia delante del Santísimo Sacramento; pero por ser á deshora, que ya era de noche, no le dejaron salir de casa, aunque él se subió á un oratorio, y allí se estuvo muy despacio delante de un Crucifijo, dando gracias al Señor.

El P. Cristóbal Morera se estuvo hablando con él, y despues le mostró tres cálices; el uno de ellos mayor, en que estaba la sangre del Señor, los otros dos eran más pequeños, y estaban vacíos. Preguntaba el Padre á Agustin, ¿cómo y cuánta sangre echaria en aquellos cálices? Con esta vision le significaba querer el Señor comunicar el fruto de su sangre ó la palma del martirio á algunos por quien le habian rogado por intercesion de este Padre.

De otro Padre, mancebo como de treinta años, dijo, que le habia pasado por delante, y se le puso tan cerca, que le podia tocar. Venia vestido de púrpura, y el vestido le arrastraba. Estaba allí un árbol del todo seco y sin hojas, y díjole el Padre: «¿Podrás subir sobre este árbol?» Y Agustin respondió, que no sabia cómo: Pues mira, dijo el Padre, cómo subo yo; y subió el Padre con gran ligereza, de que se admiró Agustin, deseando saber qué misterio era aquel; mas el Padre le dijo: «Prueba á subir,» y subió con facilidad; y en subiendo en aquel árbol, vió la Ciudad de Dios con tanto resplandor y belleza, que decia no habia cosa, ni vista, ni imaginada en la tierra,

á que lo pudiese comparar; todo era luz, todo órden, todo gozo y claridad.

No dijo Agustin quién fuese este Padre; pero la edad y otras circunstancias cuadran al P. Diego de Saura, gran siervo de Dios, que tuvo solos tres años más de los treinta que dijo tendria aquel Padre. La púrpura seria por los deseos que ese Padre tuvo del martirio, si ya no se le dieron en la muerte con veneno, de que hay mucho fundamento. El arrastrarle la púrpura será la grande intencion de sus deseos. El haberle pasado tan cerca, por ventura es el haber vivido el Padre cerca de la morada de Agustin, cuando vivia en la casa de S. Miguel. El haber subido primero al árbol seco, que denota muerte, es que el Padre murió primero. El descubrirse la Ciudad de Dios, por ventura significa la gloria que á ambos les esperaba despues de esta mortalidad.

Vió tambien á dos Padres Ministros de doctrinas, vestidos de blanco, muy hermosos, los cuales caminaban á esta ciudad de Dios, donde se les mostró nuestra Señora cercada de innumerables Vírgenes.

Esto referia con notable devocion, y decia: «No me puede el demonio engañar poniendo en mi alma cosa tan buena como la que yo siento con la vista de estas cosas; porque este no es fruto de tan mal tronco.»

Otra vez se le apareció nuestra Señora, vestida de una vestidura verde riquísima, sentada en un trono, aunque ántes la habia visto en pié; y vió que recibió en sus manos á una persona que parecia una paloma de monte, muy vistosa y cándida, y que la puso en su regazo, donde la regaló y acarició. Este daba á entender á Agustin era un Padre de los que en las Filipinas andaban en misiones, aunque no dijo quién, ni si era vivo ó muerto.

A estas visitas de los Padres repugnaba mucho el humilde Agustin, así por tenerse por indigno, como porque decia, que viniendo tantos, crecian sus devotos, y le faltaba tiempo para rezarles y encomendarse á todos, y le quitaba de la meditacion de la vida, pasion y muerte de Cristo Nuestro Señor, si bien el consuelo y fruto que causaban en su alma era muy grande, y decia: «Grande es el poder y misericordia de Dios, que habiendo estado los Padres antiguos en el seno de Abrahan tantos años deseando la visita del Salvador; ahora estos Padres hayan tan presto ido al cielo, y de allá puedan venirme á mí á visitar, de que les doy las gracias, y mucho más á nuestro Señor; porque bien sé que ellos no pudieran venir á mí, si Dios no los enviara.»

Fuera de estos Padres, se le aparecieron tambien otras personas de la otra vida; porque cuando le visitó el P. Gregorio de Céspedes, vió que estaba junto á él de rodillas un viejo barbado, todo cano, que parece era Manuel Rodriguez, cuyo nombre quiso decir y no se acordaba.

Este Manuel Rodriguez fué muchos años Donado de la provincia de Filipi-

nas, y sirvió en ella con grande ejemplo de virtud y paciencia, y murió con opinion de varon espiritual y siervo de Dios.

Otro señor del Japon, que en vida habia estimado á Agustin, y sentádole á su mesa cuando convidaba á comer al Padre á quien acompañaba, tambien se le apareció despues de muerto. Llamábase este caballero Echudono, y despues, por haber dejado el mundo y cortádose el cabello, se llamó Tacuen.

Otras personas vió otra vez que se le mostraron como estrellas muy resplandecientes. La una estrella era como de un palmo en ruedo, con un rayo largo como de cometa, y junto á ella en órden estaban otras seis estrellas menores, y todas de tan extremada belleza, que decia que no tenia palabras con qué poderlas explicar; y lo que hacia cuando referia esto, era llorar, diciendo: «¡Oh poder de Dios, que tan en breve puede mostrar tanta belleza! Bien dijo S. Pablo, que ni el ojo vió ni el oido oyó, ni el corazon sintió ni percibió lo que Dios tiene preparado para los que le aman. ¡Oh qué vistoso y compuesto tiene Dios su mundo y las cosas de él!»

Parece que le quiso nuestro Señor mostrar con esto la gloria que habian de gozar siete siervas de Su Majestad, beatas, que estaban junto adonde moraba Agustin, por el destierro que padecian por causa de la fe, y habian estado encerradas en ciertos sacos para ser martirizadas, entre las cuales una era la que más campeaba en devocion y fama de virtud.

No sólo le mostró el Señor con esta vista la virtud de aquestas personas que tenia cerca y casi dentro sus mismas paredes, sino que tambien se la levantó y esforzó para que viese la obra nueva del cuarto de nuestro colegio de Manila un año ántes que se acabase; porque así habló de él, como si le hubiese visto con los ojos del cuerpo: lo cual no pudo ser, por ser ciego ya en este tiempo; ni tampoco pudo por relacion de otros hablar, porque aún no estaba el cuarto acabado cuando le vió, ni él mismo sabia qué casa era aquella, aunque quiso el Señor mostrársela para nuestro consuelo, por los bienes que refiere de ella.

Vió, teniendo los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, una casa nueva muy lucida, con muchas entradas, de alta y linda escalera, y toda ella muy bien aderezada, en la cual habia muchos Padres de la Compañía, que recibian enfermos y huéspedes, y que era casa de mucha caridad y virtud. Lo cual todo conviene, así al nuevo edificio como á lo que siempre ha ejercitado aquel colegio en los enfermos de la provincia, siendo él la comun enfermería de toda ella, y donde son recibidos, con la caridad que acostumbra la Compañía, los huéspedes, no sólo de los demas colegios y residencias de aquellas islas, sino los muchos que por ellas pasan de las provincias más cercanas,

como de la de Japon, Goa y Maluco. Y de nuevo, solos tres dias ántes de la muerte de este siervo de Dios, acaba de recibir á los PP. Hernando Perez y Francisco de Encinas, que llegaron á aquel colegio con otros veinte Padres y Hermanos de la Compañía, sujetos todos muy buenos y escogidos, con cuyo recibimiento se llenó de caridad, y dió muestras de grande alegría por tan buen socorro como vino á aquella provincia; y se verificó bien ser esta la casa de caridad, lo cual parece le quiso el Señor mostrar en esta vision, comunicándole el gozo de ella.

Cuando en la ciudad de Manila se hacian las informaciones de casi todos los mártires del Japon por órden de Su Santidad, se lo reveló nuestro Señor con esta vision. Hallóse delante de nuestra Señora, donde habia muchos libros levantados y cerrados; pero en lo bajo estaba uno que parecia misal; tomóle para ver las fiestas, y no halló nada escrito en lo que correspondia al número de los dias, ni halló nombre de santo alguno, sino lo que vió fueron imágenes coloradas de santos: alzaba la imagen para ver si estaba debajo de ella el nombre, y no estaba sino otra imagen colorada. Dijo entónces: «Todo es imágenes, no hay que alzar más;» con lo cual quedó consoladísimo, viendo tantas imágenes de santos y tan bien aderezadas, porque estaban en ricos cuadros.

Esto pasó al siervo de Dios Agustin en la ocasion que hemos dicho del proceso de los gloriosos mártires del Japon, donde se puede ver el gran número de ellos, pues hay tantos para cada dia del año, los cuales irá sacando la santa Iglesia á luz, como se significa en los cuadros tan bien aderezados. Los libros altos serian de los santos mártires antiguos, y el que estaba más bajo, el que ahora se va haciendo con este proceso, á imitacion de los pasados, y todo delante de la Madre de Dios, que es Reina de los mártires, y particularmente favorecedora de la cristiandad del Japon.

No favoreció ménos la Santísima Virgen á la cristiandad de las Filipinas. Porque en unas nuevas de enemigos holandeses, japones y mindanaos, que llegaron á Manila, diciendo que se habian de confederar para dar sobre aquellas islas; tomó Agustin muy á su cargo el encomendar á Dios aquella cristiandad, poniendo por intercesora á la Reina de los ángeles, rezándola cada dia un tercio del rosario con una oracion muy devota, pidiendo por su intercesion á Dios, que conservase en aquel reino su verdadera fe, que es la que enseña el Pontífice Romano, sucesor de S. Pedro, que son sus mismas palabras. Las cuales referia con tanto fervor de fe, que alentaban en gran manera á los que le oian, en lo cual se vé la mano del poderoso Dios, pues tanta luz comunicaba de su sagrada fe al que era tan nuevo en ella, por ser natural de reinos idólatras. Pero ¿qué mucho, pues dió el mismo Señor esfuerzo y va-

lor á sus naturales, para derramar con tanta abundancia la sangre por la verdad de la misma fe?

Decía, pues, Agustín, que nuestra Señora la Virgen María rogaba por la cristiandad de Filipinas desde aquel día en que le comenzó á rezar; y por eso añadía con gran fervor: «Desde entónces acá gozamos de paz.» Y es así lo que este siervo de Dios dijo, porque en aquellos años gozaron aquellas islas de grande paz, con extraña admiración de los moradores de ellas.

Por esto se deshacía este santo viejo en alabanzas de la Madre de Dios, diciendo que no conocían los hombres su gran poder ni las misericordias y bienes que por su medio nos vienen de la mano de Dios.

Pero ¿qué mucho tuviese este sentimiento de esta soberana Señora, pues la vió otra vez en el cielo en un trono de gloria, con su precioso Hijo en los brazos, cercada de ángeles, que como á Reina suya le asistían con profunda reverencia? Esto le sucedió en su oración retirada; pero otra vez viniendo á la iglesia, vió en la calle al Niño Jesús, que se le puso delante, y él le dijo: «¿Aquí estais, Señor? acordaos de mí;» y el benditísimo Niño con semblante alegre le respondió: «Sí haré.»

Otras veces vió á Cristo nuestro Señor enclavado en la cruz, con cuya vista se deshacía de dolor y compasión de lo mucho que el Señor había padecido. Y una de estas veces notó, que corría sangre de uno de los sacratísimos pies del Señor, y, como le tenía tan cerca, luego se abrazó con la cruz, de manera que pudo llegar á tocarlos y besarlos, bañándose su rostro en aquella preciosa sangre que corría, y mucho más su alma con los soberanos sentimientos y afectos que el Señor le comunicó.

A una vida tan suave como esta, claro está que había de corresponder muerte de suavidad, sin que fuese el demonio poderoso á estorbarla, al cual, aunque le vió una vez pasar junto á sí muy pesaroso de verle perseverar tanto en la virtud; con todo eso no paró junto á él. Pero no por esto se aseguraba este siervo de Dios, viéndose cercano á la muerte; ántes le parecía que estaban muchos demonios en el camino por donde su alma había de pasar, para estorbarle el paso.

Su oración era en este tiempo á nuestra Señora, rogándola que le dejase pasar; y á tres Padres que le asistieron, rogó muy encarecidamente que rezasen á nuestra Señora algunas Ave-Marías, para que le dejasen pasar, y esto mismo envió á decir á las beatas.

La enfermedad de que murió fué sola vejez y flaqueza; porque llegó á tanta, que ni aún agua podía pasar, y los siete días ántes de su muerte no comió bocado, sólo bebió algunos tragos de agua: y decía él, que no comiendo estaba más ágil para pasar, entendiéndolo por aquel paso que tenían tomado

los demonios; y así fué, que estuvo con el entendimiento muy claro y muy despiertos los sentidos hasta un cuarto de hora ántes de la muerte.

Recibió el Viático, haciendo la profesión de la fe por vía de alabanzas que hacía al Señor, diciendo: «Bendito sea mi Criador y Redentor Jesucristo, que me ha venido á visitar.» Con la misma devoción recibió la Extremaunción, y después, pasados dos días, volvió á comulgar, pidiéndolo con notable ansia.

En este tiempo hacía fuerza para levantarse de la cama, para rezar con más reverencia, y siempre estaba pensando en Dios; y como un poco ántes de espirar le diesen voces, diciéndole, que se acordase de nuestro Señor y diese Jesús con el corazón, respondió: «En eso estoy.» El rosario tenía en los dedos, y parece que rezaba y que pasaba las cuentas.

Con tanta paz como esto estaba, de manera que á los que le velaban les parecía que, pues rezaba de aquella manera, no estaba tan al cabo; pero viéndole sin pulso le quitaron el rosario, y le pusieron la candela bendita en la mano, y en diciéndole la recomendación del alma, luego espiró con notable sosiego á treinta de mayo, el primer día de Pascua del Espíritu Santo, del año de mil y seiscientos y treinta, siendo de setenta y cinco años de edad.

Tenía en las manos, cuando murió, un Crucifijo pequeño que solía traer al cuello; porque tenía prevenidos á los presentes, que no se le quitasen nunca de las manos, y que después de muerto le llevasen con él á enterrar, y con otra cruz mayor que tenía, y que cuando le echasen en la sepultura, tomasen la cruz y la diesen á las beatas, y el Cristo á un japon hermitaño que le había servido en aquellos últimos días, y así se hizo; aunque no otra cosa que pidió, que fué, que le enterrasen en el cementerio al pié de la cruz; porque, habiendo puesto el cuerpo con mucha decencia en una caja de madera, le enterraron los Padres dentro de la capilla mayor de nuestra iglesia, al lado de la epístola, delante del altar de los Santos Mártires del Japon.

Al entierro concurrió todo el pueblo de los indios, hasta los niños que en vida le guiaban, y llevaban de la mano á porfía, cuando venía y se volvía de la iglesia, porque le tenían por Santo. También se convocaron los japoneses, con que se le hizo un entierro muy solemne y devoto, mostrándose en esto el afecto y amor que siempre le tuvo la Compañía.

Esta vida se sacó de las Anuas de la provincia de Filipinas.

P. NIEREMBERG.